

Diciembre de 1839, predicó en Guadalajara *Fr. Manuel de S. Juan Crisóstomo*, religioso Carmelita. Este sermón, en que terminantemente se asienta la Aparición de Nuestra Señora, es digno de este sabio Carmelita mejicano, honra de su patria, y que llamó sobre sí la atención de los Estados Unidos y de la Europa entera por la disertación que en muy bello latín publicó en aquella república sobre la índole del idioma Otomi. Una vida dedicada y consagrada desde sus tiernos años al estudio de toda clase de ciencias, y á la lectura de obras antiguas sobre la historia de todos los países, y sobre todo de la de Méjico, hacen de *Fr. Manuel de S. Juan Crisóstomo* uno de los más distinguidos literatos mejicanos de nuestros días.

Se habrá observado que en este catálogo de escritores guadalupanos no hemos hecho mención del Lcdo. Luis Becerra Tanco, Padre Franciscano de Florencia, D. Cayetano Cabrera, autor del Escudo de Armas de Méjico, y de D. Miguel Cabrera, que escribió la Maravilla Americana, como ni tampoco del Dr. D. José Ignacio Bartolache, que imprimió el Manifiesto Satisfactorio: hemos creído deber hacerlo así por haber dado en el discurso de esta obrilla bastantes y amplias noticias, así de sus obras como del mérito de estos apreciables escritores. No por esta razón, sino precisamente por la contraria, hemos dejado para este lugar hablar de *D. Luis Lazo de la Vega*, Capellán del Santuario y después Prebendado de la Santa Iglesia metropolitana de Méjico, que en 1649 (solos seis meses después de publicada la obra del Lcdo. Miguel Sánchez) dió á luz una Historia de la Aparición, en idioma mejicano. El no darse en ella por su autor, no atribuírsele tampoco el censor para la im-

presión P. Cristóbal González, el breve lapso de tiempo que medió entre la publicación de la obra del Licenciado Sánchez y la de este opúsculo, y, sobre todo, la elegancia del idioma mejicano en que está escrita, propia sólo, según los inteligentes, de los tiempos inmediatos á la conquista, han hecho creer al P. Florencia, Boturini, Bartolache, y al Sr. Alcocer, que el verdadero autor es mucho más antiguo que Vega, y probabilísimamente es la misma historia ó paráfrasis de la de D. Antonio Valeriano.

Cierre este catálogo de escritores de la Aparición el distinguido poeta, profundo teólogo y grave historiador el *P. Francisco Javier Alegre*, jesuita veracruzano que en varios lugares de la Historia de la Compañía de Jesús, de Méjico, asienta la Aparición: valgan por muestras de todos, los siguientes, que se hallan en el libro 1.º

«Al Sur (termina el Valle) una parte del monte de las Cruces, que llaman Cerro Gordo, y al Norte el de Coatepec, infame en la antigüedad por los impuros misterios de la idolatría, y consagrado después por haber milagrosamente aparecido en una de sus cimas, que llaman Tepeyac, la admirable Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, diez años después de la toma de Méjico.»

«No podemos dejar de hacer especial mención de la gloria que la ilustra (á la capital de Nueva España) con la Aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe, á cuya historia, bien escrita ya por varias piadosas plumas, no tendríamos que añadir, si cultivándose cada día más estas regiones no se hubiera aumentado en estos últimos años con la piadosa devoción de la ciudad un nuevo lustre á este piadoso Santuario en la creación de la insigne y real colegiata, etc.»

Habiendo presentado los comisionados del Ilustrísimo Ayuntamiento de Méjico una petición al Excmo. Arzobispo Virey en 1737, para que en virtud de haber elegido de «Singularísima Patrona» (son sus palabras) «á la Soberana Reina de los Angeles en su admirable Imagen, que vulgarmente llaman de Guadalupe, y se adora en su templo extramuros de esta ciudad, á distancia de una legua, con el ánimo de que amplie sus favores, solemnizándose anualmente *el día doce de Diciembre, en que celebramos su Aparición*, con el mayor posible culto misa y sermón, etc., concluyendo con que fuesen admitidos á prestar el juramento de estilo en representación del Cabildo, para que se hiciese la declaración del Patronato. El arzobispo Virey pasó esta solicitud al Venerable Cabildo Eclesiástico, y éste, en la exposición y parecer de los Diputados capitulares, nombrados al efecto, *Dr. D. Francisco Moreno y Castro*, y Doctor y Maestro *D. Bartolomé Felipe de Ita y Parra*, alega, entre otras razones, para condescender con los votos del Ayuntamiento, el «ser indubitable que (copio sus mismas palabras) por una invariada, común y antiquísima tradición de más de dos siglos *se apareció esta Santa Imagen* en este reino, para Protectora feliz, refugio y asilo de todos sus moradores.»

El arzobispo Virey accedió á los votos de la ciudad, declarando el Patronato de María Santísima de Guadalupe, y ordenando se guardase como de precepto eclesiástico el doce de Diciembre de cada año, en que se apareció la Señora. El I. Ayuntamiento no se dió todavía por satisfecho, y solicitó se estableciese dicho día por fiesta de Tabla, á cuya solemnidad fuese obligatoria la asistencia de los magistrados supremos y Tribunales

superiores. Pasó el Arzobispo Virey esta nueva solicitud á informe de la Audiencia, funcionando de real Acuerdo ó consejo de los vireyes; y este respetabilísimo Tribunal, en acuerdo de 2 de Mayo de 1737, á que asistieron los señores togados *Dr. D. Jerónimo de Soria*, Marqués de Villahermosa de Alfaro, *D. Juan de Oliván Revollo*, *D. Juan Picado Pacheco*, *Fr. D. Pedro Malo de Villavicencio*, *Lcdo. D. Domingo Valcárcel* y Licenciado *D. Francisco Antonio de Echávarri* dijeron en su consulta, entre otras cosas, lo que sigue: «Ante todas cosas le rinden muchas y reverentes gracias por el gran fervor con que se han promovido los continuos votos y deseos de esta ciudad en jurar por su Patrona y Protectora á la Sacratísima Virgen María, bajo de su admirable título y advocación de Guadalupe, la que se venera en su templo extramuros de esta ciudad, con admiración de todos, en su incorruptibilidad después de más de doscientos años corridos desde *su maravillosa Aparición*, en materia tan débil como la palma, *y expuesta á la corrupción de un Ayate en que la Señora quiso estamparse*, para consuelo de todos, como sucesivamente se ha experimentado y experimenta... Y para ejecutarse la publicación y admisión del Patronato, no se ofrece á este real Acuerdo la menor duda, por las razones que los capitulares de esta Nobilísima Ciudad expresan y V. E. nos ha manifestado... Porque *el día doce de Diciembre de la Aparición de esta Señora*, há muchos años está recibido por Fiesta de Côte, y no se sigue perjuicio alguno en ir á celebrarla al dicho su Santuario,» etc., etc.

El *Sr. D. Francisco Javier de Gamboa*, Alcalde de Côte, Oidor, Regente de la Audiencia de Santo Domin-

go, y últimamente de la de Méjico, insigne Jurista, autor de varias Ordenanzas que se han observado en la república, de cuya literatura hace un grande elogio D. Antonio de Alcedo en el *Diccionario Geográfico de América*; en el Catálogo de los sujetos notables en virtud y letras que ha producido; el Sr. Gamboa, repito, en el Manuscrito que formó el año de 1750 en defensa de la erección de la insigne Colegiata, se muestra no menos persuadido que el real Acuerdo de la verdad de la Aparición; pues en dicha defensa escribe, entre otras cosas, las siguientes palabras, que denotan su asentimiento al milagro «*ya había sido la Aparición milagrosa en 12 de Diciembre de 1531*, al P. Fr. Juan de Zumárraga, Protector de Indios, etc.»

No menos ilustre es, en favor de la creencia del prodigio, el testimonio de D. Antonio Joaquín Rivadeneyra y Barrientos, Fiscal de la Audiencia de Méjico, autor de la curiosísima obra *El Pasatiempo*, de la erudita obra *Patronato regio Indiano*, y Asistente real al Cuarto Concilio Mejicano, el cual, en el Diario de la Excelentísima Sra. Marquesa de las Amarillas, vireina de Méjico, escrito por el mismo, é impreso en esta ciudad en 1757, describe el Santuario de Guadalupe, y hace conmemoración de la Aparición milagrosa.

Vengamos á los testimonios de veneración á la Imagen Guadalupana, dados por personas de virtud señalada. «*Muchos ejemplares pudiera traer*» (dice el P. Florencia en la *Estrella del Norte*, cap. 36, núm. 376) «*de Sacerdotes y Láicos que se han ejercitado loablemente en las (Novenas) de este Santuario de Guadalupe. El venerable Padre Juan de Tobar, que siendo Racionero de Méjico y Secretario de Cabildo entró en nuestra Com-*

pañía, el segundo de los que recién venida entraron en ella el año de 1573, natural de Méjico, esclarecido en santidad, y apostólico operario de indios, en cuya lengua era eminentísimo, iba á Novenas á este milagroso Santuario siempre que podía. El Venerable P. Juan Castini, fundador de la ilustre y Santa Congregación de la Purísima, cuyas heróicas virtudes andan impresas en su vida, y lo están más en los corazones de sus hijos y Congregantes; iba algunas veces, entre año, con algunos hermanos estudiantes á pié, á decir misa y comulgarlos en su Altar, y gastaban muchos ratos del día con la Virgen delante de su Imagen, de que fuí testigo, porque alguna vez me cupo la suerte de ir entre los demás que le acompañaban.»

El Venerable P. Andrés de Rada, que fué Provincial de esta provincia, y casi de todas las de ambas Américas, varón de grande espíritu y levantada oración, fué uno de los más devotos que tuvo la milagrosa Imagen de Guadalupe en este reino. También la visitaba entre año algunas veces, yendo á pié al Santuario con su hermano, donde decía misa, y oraba con grandes afectos y gustos de su alma; y la mañana misma, á pié y sin más desayuno que los regalos del Cielo que había gustado delante de la Santa Imagen, se volvía á su casa.» (*Estrella del Norte*, cap. 36, núm. 376.)

«El Venerable P. Luis de S. Vitores, Apóstol de las Islas Marianas (ó Filipinas), cuya vida escribió el Padre Francisco García de nuestra Compañía, y se imprimió el año de 1683, y de ella consta que fué otro San Francisco Javier en los prodigios, y se le aventajó en el martirio; desde que pasó á la N. E. para ir á las Islas Filipinas, tuvo tanta devoción y cariñoso afecto á esta mila-

grosa Imagen, que, habiéndola visitado pasando del Noviciado de Tepotzotlan á Méjico por su Santuario, dice de ella así, en carta de 22 de Setiembre, al señor D. Jerónimo de S. Vitores, su padre... Y particularmente me consolé mucho ayer, viendo la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que está una legua de Méjico, y en su retrato y apoyo celestial del misterio de la Purísima Concepción. Allí me detuve algún rato, recorriendo con la Santísima Virgen la memoria de mis obligaciones, etc.»

«Este insigne varón sacó de estas y otras visitas que en los dos años que estuvo en Méjico hizo á esta Venerable Imagen, la entrañable devoción que toda su vida le tuvo y la amorosa protección con que en la empresa de las Marianas lo amparó y ayudó, de que es argumento infalible el suceso siguiente que escribió el mismo Padre, y para más fe lo pondré aquí con las formales palabras que lo refiere.» Lo conducente á Nuestra Señora de Guadalupe dice así: — «Otras (apariciones) refieren de buenos espíritus y de la Santísima Virgen; entre las cuales hemos hallado más fundamentos en una que con especial reparo y examen, una y otra vez oímos de boca de un indio llamado Ignacio Ipaga, natural del pueblo de Sunharon, que se intitula de la Inmaculada Concepción en la Isla de Buena Vista, que nos la hacen verosímil las circunstancias que intervinieron, y son de más larga relación. En sueños, pues, ó despierto como él dice, se le apareció la Santísima Virgen, la noche diez y siete de Agosto, tres días después de la lanzada, que recibió el P. Luis de Morales, detestando la buena Madre con el rostro y voz, que dice oyó este indio, la dicha maldad de Saypan. La forma con que se le apareció, dice, que era

la misma en que se venera la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, que en un Oratorio fronterero á la Casa del dicho indio tenían los Padres colocada decentemente: sólo se añadía, que en vez de tener las manos juntas, como imagen de la Concepción, las tenía la Santísima Virgen ocupadas con dos niños que traía como alimentándolos á sus sagrados pechos; y fuera de estos venían otros ocho niños mayorcitos, que con un cordel de ocho ramales traían á los piés de la Virgen un perro atado, no obstante su resistencia y ladridos. Lo cual todo no desdice verdaderamente ni de las maternales obras, ni de las antiguas victorias de la Santísima Virgen, que renovadas al presente en estas sus islas por medio de los inocentes que se bautizan é instruyen en nuestra santa fe, no obstante los ladridos del Cerbero infernal y su ministro el Choco, entonces todavía idólatra; que cuando más victorioso y suelto andaba con la herida del Padre en Saypan, y muerte de los compañeros seglares en el mar, junto á Tinian, parece fué mandado atar por orden de la Santísima Virgen, y ruegos de los niños marianos, que estaban en el Cielo, ó en la Escuela de la Doctrina cristiana. A lo menos el efecto que se reparó después fué, que el dicho idólatra, origen de esta persecución, se vino á dar por rendido, y pedir para sí el Santo Bautismo, que impugnaba en los otros,» — «Hasta aquí el Venerable P. Luis de S. Vitores.» (*Estrella del Norte*, cap. 27, núms. 298 y 299).

Por el tiempo en que escribía su obra el P. Florencia existía en Méjico un Padre de la Compañía de Jesús, de elevado espíritu y singular devoción á Nuestra Señora de Guadalupe, del cual como de persona viviente nada pudo decir en su obra *Estrella del Norte*. Murió en 1694;

y el P. Alegre (Historia de la Compañía de Jesús en N. E., lib. 9), teje su elogio en los términos siguientes:

«A estas misiones había faltado á principios del año un operario infatigable, y á toda la Provincia un grande ejemplar de religiosa perfección en el Padre *Juan Bautista Zappa*. Una Imagen, que llegó á sus manos de Nuestra Señora de Guadalupe, le hizo concebir el singular amor de María Santísima para con los naturales de la América. Desde entonces se ofreció á trabajar por su salud, como lo hizo pasando á Nueva España de la Provincia de Milán. Los dos Colegios que había entonces dedicados singularmente á ministros de indios (Tepotzotlan y S. Gregorio), fueron su teatro, de donde salía anualmente á predicar á muchos pueblos de indios con mucho fruto de aquellas pobres gentes. En la Huasteca lo oyeron con admiración, hablar un idioma, que jamás había aprendido ni estudiado... Fué tiernísimo hijo de María Santísima, de quien recibió los singulares favores, que se cuentan en su admirable vida, fuera de muchos otros que nos robó su humildad. Era casi sin interrupción su interior recogimiento y presencia de Dios. En el ingenio, ó Trapiche, de Xalmolonga, donde por orden de sus superiores había ido á convalecer, un violento flujo de sangre le privó de la vida en tres días el 13 de Febrero. Doce años después, el de 1706, se pasaron sus despojos al Camarín de la Santa Casa de Loreto, que á semejanza de la de Nazareth, había fabricado en el Colegio de S. Gregorio, donde hasta hoy se conserva con veneración.» Hasta aquí el P. Alegre.

El editor de esta apreciable Historia, Lcdo. D. Carlos M. Bustamante, en nota que puso al calce de su artículo biográfico dice: *El P. Zappa* dudó mucho tiempo

de la salvación de los indios, atendiendo á su rusticidad y abatimiento. Un día pasaba por el Portal de las Flores de Méjico, donde estaba una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe (que ya se quitó como otras muchas de los lugares públicos), y dirigiéndose á la Señora le dijo: ¿Qué haré yo, Señora, para agradarte? Entonces le respondió «ser como cualquiera de estos pobrecitos,» y le señaló á unos indios que estaban allí. Desde entonces mudó de opinión. Este pasaje lo consignó en sus poesías manuscritas el P. Sartorio, componiendo un epígrama latino, que tradujo en un soneto al castellano: él mismo me lo leyó en cierta vez.»

En la vida de este varón apostólico, impresa en Méjico pocos años después de su fallecimiento, se refiere; que mientras permaneció en esta ciudad, y se lo permitía el cumplimiento de sus obligaciones, iba todos los sábados á pié á decir Misa en el altar de Nuestra Señora de Guadalupe en su Santuario; y después de pasar largos ratos en Oración ante la Santa Imagen, volvía de la misma suerte, en ayunas, al Colegio de S. Gregorio en que moraba. Frecuentes fueron las veces que se dignó hablarle la Señora desde su celestial Imagen; y en una de ellas le reveló, que por ella se habían dicho en profecía aquellas palabras del Salmo «*A summo caelo egressio ejus, et oculus ejus usque ad summum ejus, nec est qui se abscondat á calore ejus.*» Otros muchos favores consta haberle dispensado la Señora en estas visitas á su Santuario, que pueden leerse en su vida que anda impresa en las manos de todos.

No es menos brillante el testimonio de creencia en el milagro de la Aparición y veneración á la Santa Imagen dado por el Venerable *P. Fr. Antonio Margil de Jesús,*